

## **EN HONOR A IULIUS**

Hacia una semana que mi padre había decidido darme a conocer en la sociedad romana. Aunque nadie en la familia Pisonis dudaba que llegarían numerosos pretendientes, nos asombró gratamente la respuesta recibida tras mi aparición en el ajetreado mercado matrimonial de la gran urbe. Durante los siguientes seis días prácticamente un representante de cada familia patricia presentó sus respetos a Lucio Calpurnio Pisón Cesonino como muestra de su interés por la mano de su única hija, pero yo jamás imaginé que tal hombre cruzase nuestro umbral.

Las visitas siempre eran iguales. Yo debía resguardarme en mis aposentos mientras los patricios entraban al salón donde conversaban con mi padre y, en algunos casos, acompañados de mi hermano. Después salían y me saludaban con una cálida y esperanzadora sonrisa. Por norma general no se me permitió presenciar ninguna de las charlas entre mi padre y los hombres, pero nadie me quitó de pasar discretamente por la entrada a su salida. Me sorprendieron todos gratamente incluyendo Décimo Junio Bruto Albino, el único hombre al que esperaba ver en esa situación tan comprometida. Habían sido seis días llenos de protocolo aunque para nada monótonos, pues cada hombre me hacía divagar internamente barajando las posibilidades de mi porvenir.

Tras la sexta jornada mi padre ya había tomado una decisión. Mi amigo Décimo Junio Bruto Albino había sido siempre de mi agrado y demostrado un alto interés por mí antes de mi llegada a la sociedad. Siempre alababa mi largo cabello moreno, mis ojos verdosos y mi cultura e inteligencia en general. Pero nada, aunque yo fuese la mujer más bella y educada de Roma, nos hubiese llevado a pensar en lo que pasaría al séptimo día.

La sorpresa de mi padre fue mayúscula al ver el lujoso carruaje del Senado, diseñado con volutas de oro y rubís traídos desde la propia Alejandría, parar en la puerta de Villa Pisonis. En un principio el terror reinó entre nuestra familia. Una mezcla entre alivio e intriga surgió cuando Iulius Caesar presentó sus respetos a Lucio, quien le abrió la puerta de inmediato indicándole como dictarían todos los protocolos que nuestra casa era su casa. Nada menos que Iulius Caesar, máximo representante de la República en Roma, estaba entre nuestros muros, y ese hecho era suficiente para que se revolucionasen todos los presentes, desde mi madre hasta el último esclavo. Los Pisonis éramos conscientes de la reciente soltería del Caesar, pero jamás se nos pasó por la cabeza que la dinastía Iulio-Claudia quisiese mezclarse con nosotros, aún por muy patricios que fuésemos.

La decisión de mi padre tomó un giro radical. No se podía negar nada al Caesar. Mis familiares se apenaron en parte por mí. Sabían que yo hubiera preferido un marido joven y menos importante a ser la tercera mujer del senador más afamado de Roma. Pero no había nada que yo pudiese hacer. Ni siquiera mi padre tomó la decisión. Fue Iulius al llamar a nuestra puerta. Pronto el matrimonio entre Iulius Caesar y Calpurnia Pisonis fue anunciado al pueblo romano.

Todos mis conocidos alababan el enlace. Me prometían alegría y felicidad hasta mi muerte, una vida llena de lujos y atenciones. Nadie en su sano juicio hubiera podido rechazar esa oportunidad. Viviría en la casa más lujosa que Roma albergaba y me

movería entre los estratos sociales más altos de la República. Se suponía que serían todo ventajas en ese porvenir dorado que me auguraban.

Mi boda fue a gritos de “larga vida al Caesar”. Por todo lo alto dado que se trataba de uno de los miembros del triunvirato. Yo no era Cleopatra pero aún así me trataron todos como a una reina, incluido Iulius. No había tenido ocasión de conversar realmente con él antes del enlace, pero me pareció que era un hombre educado y respetuoso aunque muy ocupado. Mi madre siempre insistió en que a esas cualidades había que sumarle el gran honor que me había hecho demostrando interés en mi. Pero yo discrepaba, él necesitaba una mujer a su lado tanto como yo un hombre.

Mi llegada a la casa fue caótica. Se observaba claramente que estaban desorganizados después de que Pompeya, la segunda mujer de Iulius, fuera repudiada por el mismo. Los esclavos se mostraban reacios hacia mí pero la familia de Iulius me recibió con los brazos abiertos. La hija de Iulius con su primera mujer rondaría mi edad y se casaría próximamente con Pompeyo. Estaba tan asustada del matrimonio como yo, así que encontré en Lulia una amiga fácil con quién conversar.

La Villa era espectacular. Aún en pleno centro de la urbe tenía un jardín muy agradable para pasar el rato y nadie había escatimado en los detalles dentro del edificio. Los espejos y las antigüedades traídos de lo más lejano del territorio romano decoraban cada esquina. Mis aposentos y los de Iulius y su espectacular balconada hacia el jardín eran completamente dignos del resto del hogar. Todo era tan rojo, dorado y púrpura como las túnicas del señor de la casa.

Iulius salía por la mañana hacia el Senado antes de que me levantase y volvía poco antes del anochecer. Hablábamos poco en la cena y después subía a su estudio para leer y escribir tranquilo. Durante el día yo paseaba y me entretenía con mi querida Lulia. De vez en cuando salía a ver a mis antiguas amigas, pero notaba que me trataban con distancia, como si ellas mismas se considerasen no dignas de hablar con la mujer del Caesar. Necesitaba adaptarme a mi nuevo puesto en la sociedad.

La boda de Lulia con Pompeyo llegó un año después, y aunque me alegré de verla feliz, no pude evitar el sentimiento de soledad al estar en la casa. Los esclavos me empezaron a tratar con más cariño, pero no llenaban el vacío. Ni ellos, ni las grandes personalidades que mi marido me presentaba.

Pero esa soledad terminó el día en que vi por primera vez en dos años a Décimo Junio Bruto. Vino a visitar a Iulius, pero por desgracia él había viajado a Alejandría por aquel entonces. Como buena dueña de la casa en funciones le invité a pasar e hice que sirvieran una copa del mejor vino que poseíamos.

—Venía a hablar con el Caesar, Calpurnia. Nadie en el Senado sabía de su viaje— comentó Décimo entonces—.

—Habrà sido un imprevisto—contesté para zanjar el tema. Al caer en un silencio sepulcral decidí alargar la frase—. Bueno Décimo cuéntame. ¿Sigues frecuentando Villa Pisonis?

—Solo con la invitación de tu hermano. Pero desde que entré en el Senado mi tiempo de recreo es cada vez más escaso.

—Ay, el Senado—me quejé—. ¿Cuántos hombres pasan allí más tiempo que en sus propias casas?

Décimo asintió, aceptando mi opinión, aunque en el fondo yo sabía que consideraba que las mujeres no entendemos los motivos de gobierno de los hombres.

—Cuéntame Décimo—insistí en recuperar la confianza perdida—. ¿Ha aparecido ya alguna futura esposa de Bruto?

—No Cal—espetó fríamente —, no creo que jamás aparezca.

Desde aquel instante la tensión era palpable en el ambiente, y tan solo espetábamos comentarios sobre asuntos mundanos y sin interés sobre la maravillosa tarde que hacía o la cantidad creciente de oposición que encontraba Iulius hacia su persona en el Senado. Finalmente se marchó.

A continuación me dispuse a escribir una carta a Iulius. No tenía ninguna duda de que le interesaría saber que Décimo había estado aquí para hablar con él, aunque evité contarle que nuestra conversación no había sido del todo amigable. Él mismo decía que al Caesar lo que es del Caesar, y no tenía duda que mis historias sobre amistades perdidas no harían más que aburrirle.

Pronto tuve su contestación en mis manos, y me sorprendió gratamente su respuesta. Iulius decidió dar una fiesta en la Villa para los miembros del Senado, a la que ya había invitado a Décimo Junio Bruto para tratar los temas oficiales que les concernían. Sería justo a su regreso a Roma, y mi misión sería contentar a las mujeres en la fiesta y evitar que se inmiscuyeran en los asuntos del Senado.

Los meses pasaron a la velocidad de Mercurio, Iulius volvió a Roma y con él la esperada fiesta. No podía hacerme más ilusión. Vendrían Pompeyo y por lo tanto Lulia, Décimo, mi hermano, el hijo adoptivo de Iulius y demás hombres del Senado. Los invitados fueron llegando poco a poco y jarras de vino iban y volvían vacías de la cocina al salón. La fiesta transcurría alegremente mientras los hombres conversaban sobre el futuro de la República y las mujeres cuchicheábamos sobre el presente más actual de la misma.

Debía ser medianoche cuando decidí salir a pasear al jardín con Lulia. La gente se había dispersado por las distintas estancias de la Villa y dejamos a Iulius conversando afablemente con mi hermano. Recorrimos el jardín, como tantas veces habíamos hecho antes de que se casara con Pompeyo, pero hubo una novedad. En el lugar donde solíamos sentarnos nosotras, unos escalones que subían a un pequeño espacio donde rezábamos a Minerva, estaba ahora sentado un hombre de túnica roja con la cabeza entre las manos. Lulia notó mis inquietudes y se despidió de mí para adentrarse en el edificio.

—Disculpa—dije acercándome a Décimo y haciéndole sacar la cabeza de su escondite para mirarme—, ¿puedo sentarme?

—Claro—contestó—pero no puedo asegurarte ser una compañía alegre en estos instantes.

Asentí y tomé asiento en el escalón junto a él. Por un momento, allí sentada por la noche con Décimo, pensé que el tiempo no había pasado. Seguía viviendo en Villa Pisonis y tenía el mismo hombre de cabellos cobrizos y facciones marcadas junto a mí. Pero había una diferencia. Bajo sus oscuros ojos ya no había brillo y vida, sino manchas cenicientas.

— ¿Estás bien Décimo? Parece que algo te atormenta—deduje tratando de ayudar a mi viejo amigo.

—Estoy tan bien como tú Cal—respondió fríamente en un principio—.

—Pues yo estoy bien— dije sin preocuparme de formalismos, cansada de este juego que se traía entre manos—.

— ¿A quién intentas mentir? Nunca fui tu marido pero te conozco lo suficiente como para saber que esta vida no es lo que tú quieres.

Las acusaciones de mi antiguo amigo transportaron mi mente a uno de los días anteriores a la llegada de Iulius a mi vida, cuando mi hermano y yo visitamos a Décimo en su Villa. Por aquel entonces el único propósito de mi querido hermano era conseguir casarme con nuestro amigo, al cual consideraba de completa confianza.

— Amigo Pietro— había dicho entonces un joven Bruto con cierto deje de sorpresa al abrirnos la puerta—. Agradable sorpresa verle y más agradable aún con tan hermosa compañía.

En aquella época yo no era más que una muchacha de mejillas impresionables y sus halagadoras palabras me pillaron de imprevisto. Pietro, por su parte, asintió levemente con su rizada cabeza pasando dentro de la Villa. Décimo me miraba atentamente, intentando atisbar alguna reacción dentro de mí.

— Cal— llamó mi atención—, pasa antes de que te enfríes.

No pude evitar que mi sonrisa brillase con su forma de dirigirse a mí. Décimo era cálido y poco formal conmigo aunque ante el público lo disfrazase de educación y decoro. Me gustaba la idea de un matrimonio sincero donde pudiera confiar plenamente en mi marido.

Más segura de mi misma, puse un pie dentro de la casa de nuevo. Décimo me guió hasta el salón principal donde me senté, aún un poco incómoda con la situación. No pude reprimir la agonía al oír la voz de mi hermano comentando algo al dueño de la casa. Sabía de lo que hablaban. Cuando ambos hombres entraron de nuevo en la sala, no pude evitar que mi espalda se irguiese.

—Tranquila mujer— me recriminó Pietro—, no le estoy contando nada que no sepas.

La luz entraba bruscamente por la ventana, iluminando los tonos rojos del sofá en el que me encontraba, así como los dorados detalles del salón. Era un entorno señorial y serio que de alguna forma combinaba a la perfección con mi amigo. Villa Bruta no tenía nada que ver con mi actual morada.

—No creo que encuentre paz en estos próximos días hermano— contesté en cierta sorna—. No mientras haya gente decidiendo sobre mi futuro.

—Nos costará encontrarte un esposo decente— mi hermano comentaba picajosamente mientras yo me rizaba un mechón de pelo entre las manos, clavando mis pupilas hacia las suyas— si continuas siendo tan testaruda.

—Dudo que haya romano tan necio como para negarse—interrumpió mi amigo provocando una carcajada tan fuerte que pensé mi pecho estallaría.

—La República está llena de necios Décimo— inquirió Pietro— incluida mi hermana y su afán de desafiar a las normas de la sociedad.

Aquella regañina me forzó a prometerme a mi misma que esa semana, por una vez en mi vida, debería dejar que los protocolos decidiesen sobre mí. Pietro movía su cabeza de lado a lado mientras Décimo me observaba con cierto grado de preocupación y compasión. Fue entonces, cuando sus oscuros ojos me miraban con consternación que me di cuenta de que me había levantado del sillón.

—Toma asiento de nuevo Calpurnia— su grave voz murmuró—. A fin de cuentas si todo va bien esta será tu casa.

Si solo pudiese hablar a aquel joven Décimo ahora, y decirle que todo aquello que me prometió nunca se llegaría a cumplir. Yo había cambiado desde entonces, el matrimonio me había forzado a ser más previsora y menos contestona. Si la joven Calpurnia me conociese se llevaría una gran decepción. Ya no luchaba por mi futuro, ya no daba razones a mi hermano para llamarme testaruda. Ya no era la Calpurnia con la que Décimo pensó compartir hogar.

La mano de mi viejo amigo me despertó de mis memorias, mientras la crudeza de sus palabras me daba qué pensar. A diferencia mía, el Décimo de mis memorias no era tan distinto al que tenía delante de mí. Él nunca se abandonó al destino.

— ¿En qué piensas?— su voz interrumpió de nuevo mis pensamientos.

—En el pasado— intenté decir, pero de mi garganta no salió más que un esbozo de palabras a medio camino de una carcajada y un llanto. Aun así el sonido suavizó el rostro de Décimo—. ¿Qué ha sido de nosotros?

— Nos perdimos en algún punto del camino.

— ¿Y no llevan todos los caminos a Roma?— pregunté mientras me secaba una lágrima aventurera que amenazaba con salir a escena—.

—Lo hacen— contestó—. Por eso estamos aquí.

Así pues, sin cargar con el peso de querer guardarlo en secreto, me desahugué. Me dispuse a contarle mis penas y disgustos a Décimo. Cualquier otro hombre hubiese considerado que tan solo eran los delirios de una mujer rica, pero era Décimo Junio Bruto Albino. Pudimos pasar horas y horas allí sentados. Me agarraba las manos mientras yo hablaba, reía e incluso lloraba. No sabía por qué pero Décimo me inspiraba confianza. Junto a él me sentía segura de mal hablar sobre Iulius Caesar

hasta dentro de su propia casa. El dolor desapareció a cada frase, dejando hueco a la joven Calpurnia que renacía por el simple hecho de estar allí junto a mi amigo.

Pasaron los años y mi situación continuó amargamente feliz. Dejé atrás todo sentimiento de soledad, pues veía a Décimo más que a mi propio marido. Aprovechábamos las horas en que Lulius iba al médico o al hechicero para vernos y me visitaba tres veces al día cuando él viajaba. Mi vida cambió radicalmente.

Conversábamos sobre todos los temas posibles, aunque la figura de Lulius siempre fue uno de nuestros predilectos. Décimo le admiraba enormemente como político pero decía que dentro del Senado había un grupo grande de personas que desearían verlo muerto. Yo intenté explicarle eso a Lulius más tarde, comentándole que había soñado con su asesinato, pero él tomaba mis advertencias como desvaríos así que jamás volví a tratar el tema con él.

Los días ya no se me hacían largos y pesados. Me parecía tener poco tiempo para arreglarme, ver a Décimo y ocuparme de la casa. Nuestro trato se volvió cada vez más cercano y transcurrieron otros siete años de mi matrimonio con Lulius hasta que pasó lo inevitable: me enamoré de Décimo.

Yo ya llevaba diez años casada por aquel entonces y dicen que el roce hace el cariño. ¿Me sentía mal? Para nada, yo sabía perfectamente que Lulius no solo había tenido dos mujeres antes que yo si no que esos viajes del Senado a Alejandría no eran únicamente por asuntos oficiales a tratar con Marco Antonio.

Nunca pensé que mi enamoramiento por Décimo pudiese pasar a palabras mayores pero todo fue muy espontáneo. Ocurrió una mañana de verano en la que yo decidí visitar Villa Bruta. Lulius estaba charlando con el hechicero sobre sus sueños y decidí pasar a ver a mi amigo. No era la primera vez que yo visitaba Villa Bruta desde nuestra reconciliación, así que la esclava de la entrada me indicó sin problemas que me dirigiese al estudio de Décimo.

—Buenos días—anuncié mi llegada—, ¿te importa que me una?

Bruto me miró levantando la cara de sus papeles y libros. Asintió con la cabeza y me senté en una silla junto a su escritorio. Pasé mi mirada por los papeles y las letras pero yo no dejaba de ser una mujer y por tanto analfabeta.

—Calpurnia, ¿conoces la historia de Rómulo y Remo?—preguntó irónicamente—.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Incluso entre hermanos se matan por poder— añadió sin aclararme nada las ideas —.

— Décimo si es alguno de tus juegos de palabras no lo he entendido— intenté animar un poco la conversación pero Décimo seguía con una mirada neutra como si el miedo a proseguir le hubiese enmudecido—.

—Están preparando un asesinato a Lulius Caesar, Cal—contestó—. No sé de qué lado ponerme.

Me llevó unos segundos que la idea penetrase de verdad en mi conciencia. Iban a matar a mi marido. Pero lo peor era que no estaba asustada, lo único que me producía auténtico temor era saber que mi cabeza trataba la muerte del que se supone era el hombre más importante de mi vida con tanta frialdad. Yo ya sabía que ese momento llegaría. El Caesar cada vez era más poderoso y el Senado no quería dictadores. Décimo me miraba con gesto de compasión, como si esperase en mí una reacción mayor de la que de verdad se produjo en mí.

Sin embargo mi sorpresa no pudo ser menor. Respondí a la mirada de Décimo asintiendo aunque supe que había palidecido por el simple hecho de recibir la noticia. En el fondo me aliviaba pensar que mi marido no prolongaría su calvario.

—Por mí no te preocupes—dije al fin—. Ponte del lado en el que creas. Aunque sea la República contra mi marido. No dudes que yo si pudiera defendería la República.

—El caso es que en mi opinión Lulius está haciendo mucho bien a la República. Por esa misma razón me he citado aquí con Octavio Augusto para defender los intereses de su padre adoptivo.

Décimo se levantó entonces para servirnos a ambos una copa de vino que guardaba en el estante.

—Nuestro plan es defender al Caesar como prometimos todos en su día. Aunque algunos no lo cumplan—comentó mientras cerraba la botella de nuevo y se dirigía hacia mí con las dos copas en la mano—.

—Todos cambiamos, incluido Lulius— sujeté la copa que Décimo me había tendido—. No me extrañaría que haya senadores que le retiren los apoyos.

—Cal, de veras me admira tu capacidad de razonamiento. Supera sin duda la de muchos oficiales del ejército— reí ante su comentario y el color tiñó de nuevo mis mejillas como si fuese una cría—. Es realmente cierto lo que dices. De hecho, hay sabios que sostienen que las únicas personas que te son completamente fieles son tu familia.

— Palabras propias de sabios. Pero todo depende de a qué consideres familia— añadí mientras Décimo clavaba sus pupilas en mí. Noté como sus curiosos ojos me registraban en busca del sentido de mi expresión—.

—Explícate— su voz sonaba brusca y rasgada mientras abandonaba su lado del escritorio para acercarse a mí. En respuesta bebí un sorbo de mi copa de vino esperando a ver la intriga asomarse bajo sus párpados antes de hablar—.

—Me refiero a que, aunque los papeles lo desmientan siempre te consideraré a ti más familia que a Lulius— mi voz sonó temblorosa de forma involuntaria. Décimo se acercó más y cogió mi mano hasta quitarme la copa y dejarla a un lado—. Supongo que la familia no se elige, como un matrimonio, sino que surge.

— Cal, ¿puedo hacerte una pregunta?— las palabras de Décimo colgaban en el aire mientras yo asentía y el acercaba su mano con la mía a mi mejilla. El tono de la conversación había girado en segundos—. ¿Amas a Lulius Caesar?

Los ojos de Décimo rogaban una respuesta mientras mi mano se aventuraba entre sus rizos — ¿Cómo te amo a ti?— murmuré vergonzosamente—. Eso nunca.

No me había dado tiempo a respirar después de mis palabras cuando Décimo ya se había lanzado a besarme con tal delicadeza y dulzura que se diría llevaba tiempo planeando el momento. Noté como mis preocupaciones se desvanecían por segundos como si en ese momento no importase nada más que nosotros dos. Éramos nosotros, los de siempre, Décimo y Calpurnia, y nada más importaba. Fue en ese ensimismamiento en el que nos hallábamos que no vimos al hombre moreno y robusto de túnica roja que había irrumpido en la puerta del estudio de Décimo.

Cuando Octavio carraspeó, los dos salimos del trance. Décimo se apartó de mi bruscamente y Octavio se acercó a su mesa ignorándome por completo. Aún así pude notar su mirada mientras salía avergonzada de la habitación.

Aún no entendía lo que acababa de pasar. Décimo me quería pero Octavio nos había visto. Claramente hablaría con Iulius lo antes posible y entonces, ¿qué pasaría? No era muy difícil de adivinar. Pompeya, la segunda mujer de Iulius, había sido repudiada simplemente por un rumor totalmente desmentido. ¿Me repudiaría Iulius? No podría soportar convertirme en ese tipo de mujer. Sería la mayor deshonra posible para mi familia y no sabía que sería de mí en ese caso.

Mi vida se desmoronaba piedra a piedra cuando en teoría ya estaba reconstruida. En poco segundos el terror de ver como ésta decaía sin poder hacer nada, como si yo no fuese más que un espectador, conquistó cada rincón de mi mente. No había nada que pudiese hacer más que intentar demorar el momento.

Así, cogí un carro hacia el hechicero para unirme a Iulius. Pensé que si no me separaba de él Octavio demoraría su conversación pendiente. Me propuse ser su sombra durante un tiempo.

Iulius no me esperaba en el hechicero y se extrañó mucho al verme allí. Le dije que tenía unos sueños que realmente me preocupaban y que debía hablar urgentemente con un hechicero. Creyó que era casualidad que ambos nos encontrásemos allí. Para hacer de mi excusa algo factible entré a hablar con el hechicero.

Dentro de la sala el ambiente no podía ser más abrumador. Una neblina producida por la quema de incienso penetraba en mi piel hasta que consiguió que cayesen gotas relucientes de ella. Las alfombras y los tapices daban un aspecto oriental al propio hechicero que me miraba fijamente mientras esperaba a que comenzase a hablar.

El hombre me escuchó atentamente mientras le relataba que soñaba con la muerte de mi marido y con un montón de hombres romanos limpiándose las manos en una fuente de su sangre. A su parecer había poca interpretación posible, pues el sueño estaba más claro que las aguas del sur del territorio romano.

Durante toda la visita no pude retirar mi atención de una serie de frascos que poblaban las baldas de la sala. De colores variopintos y aspectos aterradoros los líquidos eran remedios y pócimas que el propio hechicero vendía a precios insospechables.

Fijé mi mirada en un frasco en concreto, se trataba de uno pequeño en forma de lágrima cuyo interior contenía un líquido transparente, como si de agua se tratase. El líquido brillaba con cierta belleza atrayente pero letal.

—Provoca una muerte súbita—dijo el hechicero al notar mi inquietud—. Dos horas después de tomarlo los ojos se te cierran y el mundo se acaba para ti sin cura ni remedio alguno.

— ¿Y quién podría comprar tal cosa?— pregunté —.

— Tan solo los más desesperados, gente sin rumbo.

Conseguí que Lulius volviese a Villa Lulia conmigo, en lugar de volver al Senado, pero me aclaró que a la mañana siguiente tenía asuntos por tratar con Octavio. Aquella noche no pude conciliar el sueño mientras daba vueltas en mi propia cama. Por suerte tenía el frasco de líquido transparente en mi mesilla, esperando a ser mi salvación.

Poco después de que saliese el sol me dirigí al salón de Villa Lulia con el frasco en la mano. Me negaba a ser una mera espectadora de mi vida. Si alguien iba a terminar mi historia sería yo misma. La joven Calpurnia no se hubiese resignado y la del momento estaba decidida a ser el personaje principal de su obra. Así pues, preparé una copa de vino mientras recordaba las palabras del hechicero. Una vez me lo tomase me quedarían dos horas de vida en las que pensaba visitar Villa Bruta. Con sumo cuidado vertí cada gota del frasco en mi copa, observando como el vino teñía el líquido.

Coloqué la copa en mis labios disfrutando de mis últimos segundos sin destino. Esa había sido mi vida, llena de desgracias y alegrías. Podría haber sido más larga pero las circunstancias no lo habían permitido. Me quedaba el consuelo de haber tenido yo la última palabra. Fue en ese instante, mientras meditaba sobre mi inminente suicidio que Lulius irrumpió en el salón.

—Calpurnia— me dijo—. ¿Me harías el honor de ponerme una copa a mí también?

De repente lo vi todo claro. Había otra solución a todos mis problemas. Así pues, obedientemente, puse otra copa de vino tendiéndole a Lulius, mi marido, la que en un principio había sido mía y asegurándome de beber de la que no contenía veneno alguno.

“Larga vida al Caesar” pensé al brindar con él. Y se marchó.

Fue un acto impulsivo, derivado en parte de mi sentido de la supervivencia y mi cobardía. Cuanto más pensaba en las consecuencias más me arrepentía. Si el Caesar moría espontáneamente las sospechas de Octavio Augusto recaerían claramente en mí o en Décimo. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer para que eso no fuera así?

Cogí el carro hacia Villa Bruta y corrí hacia el estudio de Décimo en cuanto estuve allí. Parecía mentira que desde ese beso con Décimo solo hubiera pasado un día. Pero la imagen de su cara cuando entré me lo confirmó, al ver su gesto de alivio, pues claramente él había pensado que no volvería a verme tras el incidente.

Sin embargo me senté junto a él sin siquiera pedir permiso y le conté todo. Toda la historia desde el hechicero hasta la copa de vino. Me miró consternado durante largo rato pero finalmente se decidió a hablar.

—Cal ¿me estás diciendo que al Caesar solo le quedan dos horas de vida? — Preguntó con cierto deje de sarcasmo—.

Asentí, pero sin mirar a Décimo directamente a los ojos por si acaso. Tenía miedo de que mi amigo no comprendiese por qué lo había hecho, e intenté esquivar su mirada. No quería que el único hombre al que había querido en mi vida pensase que yo era una asesina. Pero no hizo falta. Décimo se levantó en cuanto le confirmé el tiempo que le quedaba a Iulius. No me explicó lo que iba a hacer, ni si tenía intención de entregarme. Llevaba un gesto neutro como si tuviera una tarea pendiente. No me enteré hasta por la tarde de lo que en verdad había pasado.

El asesinato de Iulius Caesar pasó a ser entonces algo conocido por todos. Cada uno de los miembros del Senado, incentivados y liderados por Décimo Junio Bruto Albino, dio una puñalada a Iulius. Fue considerado un boicot hacia mi marido generado por asuntos políticos. Ninguno de los senadores se sentía en absoluto culpable pues pensaban que la puñalada asesina la habría dado otro. Lo que nadie menos Décimo y yo sabía es que esa puñalada, la que puso fin a los días de Iulius Caesar, la había dado yo una hora antes.

A la mañana siguiente tuvo lugar el entierro de Iulius en el Foro. No pude evitar bajar la cabeza cuando me encontré rodeada de Iulia y Octavio. Mi amiga lloraba y lloraba como si se tratase de una catarata, y yo no podía sentir más remordimientos. Tuve que aguantar la compostura durante todo el encuentro pero en realidad mi mente estaba en otra parte.

Décimo no había podido acudir al entierro, por razones obvias, pero yo sabía que él lamentaba bastante más que yo la muerte de Iulius. Bruto pasaría a la historia como un asesino despiadado y planificador mientras yo sería una viuda honorable. Bruto sería perseguido y Octavio probablemente pediría su cabeza por la muerte de su padre adoptivo.

Aunque me hubiera gustado pensar que lo hizo por mí, siempre supe que Décimo lo hizo en honor a Iulius. Le dio una muerte gloriosa, en lugar de una misteriosa y sospechosa como hubiera ocurrido si no. Ahora él tendría que abandonar la ciudad y yo me iría con él. Al día siguiente partiríamos los dos en dirección a Hispania donde había menos posibilidades de que lo encontrasen. Lo dejaríamos todo: familia, posición social y hogar. Pero Décimo tendría su conciencia tranquila. Había acabado con toda su reputación y la de su familia en honor a Iulius Caesar.

Ana Fernández Blázquez